

21707 N. 32. J. Navarro 48.

EL MUSEO LITERARIO,

GALERIA DRAMATICA Y MUSICAL

DE

D. PRUDENCIO DE REGOYOS.

EL COLLAR DE PERLAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,



Punto de venta en Madrid, librería de D. J. Cuesta.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1858.

L47 - 5088

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.....	Perez.	Motril.....	Ballesteros.
Alecoy.....	V. de Martí é hijos	Mondoñedo....	Delgado.
Algeciras.....	Almenara.	Orense.....	Robles.
Alicante.....	Ibarra.	Oviedo.....	Palacio.
Almería.....	Alvarez.	Osuna.....	Montero.
Aranjuez.....	Prado.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Avila.....	Lopez y Hernz.	Palma.....	Gelabert.
Badajoz.....	Orduña.	Pamplona.....	Los Rios y Barrena.
Barcelona.....	Mayol.	Pontevedra....	Aspa.
Bilbao.....	Astuy.	Puerto de Santa	
Burgos.....	Hervías.	Maria.....	Gobantes.
Cáceres.....	Valiente.	Puerto-Rico. (Ma-	
Cádiz.....	V. de Moraleda.	yagües).....	Mestre y Tomás.
Córdoba.....	Lozano.	Reus.....	Prins.
Cuenca.....	Mariana.	Ronda.....	Gutierrez.
Castellon.....	Carratalá.	Sanlúcar.....	Esper.
Ciudad-Real...	Arellano.	S. Fernando....	Meneses.
Coruña.....	García Alvarez.	Sta. Cruz de Te-	
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	nerife.....	Ramirez.
Chiclana.....	Sanchez.	Santander.....	Laparte.
Ecija.....	Garcia.	Santiago.....	Escribano.
Figueras.....	Conte Lacoste.	Soria.....	Perez Rioja.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Alonso.
Gijon.....	Crespo y Cruz.	S. Sebastian...	Garralda.
Granada.....	Zamora.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Guadalajara...	Oñana.	Salamanca.....	Huebra.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Segorbe.....	Mengor.
Haro.....	Quintana.	Tarragona.....	Pujol.
Huelva.....	Osorno é hijo.	Toro.....	Tejedor.
Huesca.....	Guillen.	Toledo.....	Hernandez.
Jaen.....	Hidalgo.	Teruel.....	Baquedano.
Jerez.....	Alvarez Aranda.	Tuy.....	Martinez de la Cruz.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Talavera.....	Castro (Schez.).
Lérida.....	Blanco.	Valencia.....	Móles.
Lugo.....	Viuda de Pujol y	Valladolid.....	Hernainz.
	Hermano.	Vitoria.....	Galindo.
Lorca.....	Gomez.	Villanueva y Gel-	
Logroño.....	Verdejo.	trú.....	Bertran y Creus.
Loja.....	Cano.	Ubeda.....	Treviño.
Málaga.....	Cañavatte.	Zamora.....	Calamita.
Mataró.....	Abadal.	Zaragoza.....	V. Andrés.
Murcia.....	Herederos de An-		
	drión.		

EL COLLAR DE PERLAS.

EL COLLAR DE PERLAS

55-6

EL COLLAR DE PERLAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

DON MIGUEL PASTORFIDO.

ESCENA PRIMERA

LUISA, DURAN



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, n.º

1858.

PERSONAS.

LUISA.

RICARDO RICHARDSON.

DURAN.

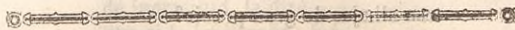
MARTIN.

EL VIZCONDE.

BAUTISTA.

La escena pasa en París en casa de Duran.

La propiedad de esta obra pertenece á *D. Prudencio de Regoyos*, dueño de la galeria dramática *EL MUSEO LITERARIO*, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, ó varíe el título ó represente en cualquiera de los teatros de España y sus posesiones de Ultramar, con arreglo á lo dispuesto en la ley de propiedad literaria y decreto orgánico de teatros hoy vigentes.



ACTO PRIMERO.

Salon rico: puerta en el fondo y laterales, á la derecha un escritorio.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, DURAN.

LUISA. Ya que usted halla ocasion de volver al mismo asunto, diré que sobre este punto soy de distinta opinion. Aunque al propio tiempo su hija en darle gusto se emplea.

DUR. Es que adoptas una idea muy absoluta, muy fija.

LUISA. Pero si ella es conveniente, entonces ¿á qué cambiarla? ¿Para qué modificarla? Y, hablando ahora francamente, usted que tan buen caudal reúne en crédito y dinero; usted, el rico banquero de fortuna proverbial, ¿piensa que no harán aprecio de mí, y que voy desairada si no me ven adornada

con alhajas de gran precio?

¿Que es mi mérito mayor,
obligándome á llevar
toda la noche un collar
de mas ó menos valor?

DUR. Tu repugnancia...

LUISA. Se explica
con mi carácter muy bien.

DUR. ¡Hablar con ese desden
y de una joya tan rica,
que, á realizarla algun día
es por sí sola un caudal!
¡Una joya por la cual
hay quien mil onzas daría!

LUISA. ¿Pero usted se ha figurado
que dá opinion de grandeza,
que imprime mayor belleza
un adorno tan pesado?

DUR. Vamos, Luisa, mala parte
sigues en esta contienda.
¡Despreciar así una prenda
que es un prodigio del arte!
En el baile que se dió

ayer noche en la embajada,
¿me negarás que admirada
ninguna cual tú se vió?

Pues ese collar brillante
que cualquiera envidiaria,
á no dudarlo, te hacia
mas y mas interesante,
mas notable.

LUISA. Esa es razon
que viene en mi ayuda.

DUR. Pero...

LUISA. Lo dicho, papá; no quiero
llamar así la atencion.

DUR. ¿Qué me dirás si te advierto
que muchas veces lo usó
tu madre, y te lo dejó
como un fiel recuerdo...

LUISA. Cierto.
Y porque usted no me arguya

de ingratitud, le diré
que si lo he llevado, fué
tan solo en memoria suya.

LUISA. Pero por la última vez;
DUR. porque á nosotras, señor,
lo que nos está mejor
que todo es la sencillez.

DUR. Sencillez... en el tocado;
LUISA. eso te agrada, es verdad;
mas algo de vanidad
no falta por otro lado.

LUISA. ¿Vanidad? ¡Pues me hace gracia!

DUR. Si tal, en tus relaciones.

LUISA. Te agrada ir á las reuniones
donde vá la aristocracia.

LUISA. Pero...

DUR. Es inútil que digas

otra cosa. Tu interés

por las brillantes *soirées*,

el escoger tus amigas

solo en la alta sociedad,

¿me dirás cómo se explica?

LUISA. ¿No hace sospechar, no indica

un poco de vanidad?

Bien que esto no me debia

en todo caso extrañar;

pues tu modo de pensar

ha sido siempre, hija mia,

el de tu madre.

LUISA. A excepcion

de lo del collar, confieso

sin dificultad que en eso

lleva usted tal vez razon.

DUR. Ya veo que en tí descuella

su mismo genio, y serás

para parecerte aun mas,

aristócrata como ella.

LUISA. ¡Aristócrata! ¿Y qué es ser

aristócrata? Expresion

cuya exacta aplicacion

muy pocos saben hacer.

No es, no, como la comprende

el vulgo, por vanidad,
 insolencia y fatuidad;
 Mas si por ella se entiende
 distincion en la persona,
 magnanimidad, virtud,
 y esa noble rectitud
 que nos ensalza y abona;
 Si es de aristócrata el ser
 sensible, el ser fiel, leal,
 volver el bien por el mal,
 rendir tributo al saber,
 sin mostrar orgullo vano;
 no rebajarse jamás,
 y tender á los demas
 franca y protectora mano;
 no inclinarse á las pasiones
 vulgares, hacerse honor;
 dar el ejemplo mejor,
 el de las buenas acciones
 y el de una alma generosa;
 habituarse á una existencia
 de lujo y magnificencia,
 que es á muchos provechosa;
 alentar en todas partes
 la industria, la ocupacion;
 promover la ilustracion;
 dar estímulo á las artes;
 amar, en fin, todo aquello
 que se respeta ó se admira;
 lo que el entusiasmo inspira,
 lo que es grande, lo que es bello;
 si esto se entiende, aunque á mi
 ese título no cuadre,
 soy del genio de mi madre;
 soy aristócrata, si.

DUR. Bien, tú siempre hallas maneras
 de convencer.

LUISA. La razón...

DUR. Y del collar en cuestion,
 puedes hacer lo que quieras.
 Asi como asi, él es parte
 de tu dote, conque yo,

ACTO I, ESCENA I.

9

- porque lo lleves ó no,
no pretendo molestarte.
LUISA. ¿Queda á mi eleccion?
DUR. Corriente;
por mí lo puedes dejar
en su estuche descansar,
aunque sea eternamente.
LUISA. Lindo pensamiento á fé.
Vaya, ese plazo seria
largo.
DUR. No tanto, hija mia.
Cuando mas, será hasta que...
LUISA. Hasta que...
DUR. Es claro, tú eres
hermosa, con un caudal
muy bueno, que es lo esencial
en el dia en las mujeres.
Eres mi única heredera;
y en este concepto, creo
que no ha de ser tu deseo
vivir y morir soltera.
LUISA. Verdad; y fiel juramento
hágole á usted de llevar
su preferido collar
el dia de mi casamiento.
DUR. A propósito: ocasion
es, ya que en ello pensamos,
de mirar si te encontramos
una buena proporcion.
LUISA. Aun no es tiempo á mi entender.
Soy jóven...
DUR. Diez y ocho años.
LUISA. Y del mundo á los engaños
no me quisiera exponer.
DUR. El cuidado es para mí.
Si yo te escojo un brillante
partido; y salgo garante
del éxito...
LUISA. Ni aun asi.
Empresa tan delicada
merece que yo decida
la cuestion por mí,

- DUR. Descuida,
que antes serás consultada.
Buscaré el mejor partido,
y antes de dar ningún paso...
- LUISA. No: si alguna vez me caso,
yo he de escoger mi marido.
- DUR. ¿Y tú exiges que yo ceda
mi derecho?
- LUISA. ¡Oh! no hay cuidado.
Usted será consultado
antes de que eso suceda.
- DUR. Pues para ver si resulta
algo de los dos extremos,
¿quieres tú que principiemos
desde ahora la consulta?
- LUISA. El caso es, que yo no tengo
persona á quien proponer.
- DUR. Yo sí tengo, y á mi ver
digna. ¿Convienes?
- LUISA. (Indiferentemente.) Convengo.
- DUR. Dime, Richardson, ¿qué tal
te parece?
- LUISA. ¡Vaya un ente!
- DUR. Es un sujeto excelente.
- LUISA. ¡Pero tan original!
- DUR. Como buen americano.
Y es entendido, discreto,
afable. Yo me prometo
que en concederle tu mano
ganarás honra y fortuna.
- LUISA. Tendrá usted mucha razon;
sin embargo, el corazon...
- DUR. Tú que aprecias cual ninguna
la esplendidez verdadera...
- LUISA. Pero me es indiferente
esa cualidad en gente
de procedencia extranjera.
- DUR. El es fino, atento, leal,
complaciente... Un gran partido.
Como que para marido
no habias de hallar otro igual.
- LUISA. Con mil excentricidades

- DUR. que tiene. ¿Y estas qué son,
si hay en contraposicion
magníficas cualidades?
- LUISA. Demasiadas son quizás
las que usted aduce en cuenta.
- DUR. Pues ann tiene otras cuarenta
que han de sorprenderte mas:
A ver qué semblante pones
á esto.
- LUISA. Nada hay que me asombre.
- DUR. Has de saber que ese hombre
tiene cuarenta millones.
- LUISA. Buena recomendacion
para otras, no para mí.
- DUR. ¿Y por qué no para tí?
- LUISA. Porque en la enumeracion
de cualidades prolija
que usted ha hecho, falta... ¿Cuál?
- DUR. Una, la mas esencial;
la de agradarme.
- DUR. Pero, hija,
tus reparos son antojos,
y concebir yo no puedo
que ese hombre...
- LUISA. Me causa miedo.
Me mira con unos ojos
tan fijos, que hace bajar
los míos.
- DUR. ¿Y eso te exalta?
- LUISA. ¡Oh! No hay duda que la falta
no se debe perdonar.
- DUR. Aparte de eso, hasta aqui
no creo que se haya explicado.
- LUISA. Cierito: nada se ha tratado;
mas tengo yo para mí,
que no sin gran interés
viene á casa, que te mira
con predileccion, que aspira
á tu mano.
- DUR. Y eso es

nada mas que presuncion?
DUR. A la cual da su partida tantas veces diferida algun viso de razon.
LUISA. ¡Pues, otra de sus manías! Abandona su país y viene á Francia, á Paris, para estar solo ocho dias.
DUR. Y héte aquí que el anterior al de su marcha, te ve y se detiene. ¿Por qué?
 ¿Danzará en esto el amor? Ello es que siempre ha venido para hacer su despedida, y no obstante, su partida largo tiempo ha diferido.
LUISA. De cualquier modo no creo que se detenga por mí; pero aun cuando fuera así, ser su esposa no deseo.
 ¿Mi hermosa Francia y su corte habia yo de abandonar para ir á emparentar con la América del Norte? Pero aquí viene Martín.

ESCENA II.

LUISA, DURAN, MARTIN.

DUR. ¡Ah! Si, me traerá noticias de un encargo que le hice.
MART. Buenos dias, señorita. Felices, señor Duran.
DUR. Adios amigo. Tú, Luisa, no extrañarás que dedique á los asuntos del día breves instantes. Supongo (*A Martin.*) que con la urgencia precisa, y conformándose en todo á las instrucciones mías, se habrá ya verificado

MART. la operacion consabida.
Si señor; y ruego á usted
que para otra vez me exima
de comisiones como esta,
á las cuales no se inclina
mi genio; y que son impropias
de un cajero. En fin, cumplida
está la de hoy.

DUR. ¿De qué manera?

MART. De una manera sencilla.
Ayer, con los protestados
pagarés y la misiva
de usted, fui á ver al juez
de comercio: todavia
despachaba: le entregué
los documentos; y en vista
de ellos, ordenó el arresto
del conde, cual se pedia.
Lo demas se ha efectuado
fácilmente, y á medida
de la voluntad de usted.
Esta mañana ya habia
en derredor de la casa
que el propio sujeto habita,
seis ministriles ocultos
ínterin aquel salia.
No hizo esperar: á las ocho
le echaron la vista encima,
y obligándole á subir
en un coche, á toda prisa
fué conducido á la estancia
que le estaba prevenida.

DUR. ¿A la prision?

MART. Cabalmente.

LUISA. ¿A la prision?

DUR. Si, hija mía.

LUISA. ¿Pero qué prision es esa,
y qué causa la motiva?

DUR. ¿Qué causa? Estos son negocios
que tú no entiendes, querida.
Operaciones de banca...
que...

LUISA.

Dudo yo que constan
en aprisionar á nadie.

DUR.

Pues consisten; y me admira
que ignores tú cómo á veces
los hombres que se dedican
al comercio, de estos medios
hacer uso necesitan.

LUISA.

No entiendo yo para qué.

DUR.

Lo verás. Cuando propicia
llega á mostrarse la suerte,
hay muchos que multiplican
su dinero en breve tiempo.

Las empresas que otros miran
con precaucion, para ellos
son fáciles y expeditas.

Y con efecto, se nota
que á menudo la osadía
el mejor éxito alcanza.

Mas no siempre; y por desdicha
sucede que algunas veces
los que en su estrella confian,
no advierten que la fortuna
les vuelve el rostro. Principian

á fracasar sus negocios,
y con todo no imaginan
que cuanto mas aventuran
y cuanto mas precipitan
el estado de sus fondos,
mas aceleran su ruina.

Aumentanse los apuros,
y comprometen su firma.

Viene al fin la bancarrota
con el descrédito: giran
letras que luego no pagan,
y con la prision terminan
las funestas consecuencias
que el mal cálculo origina.

LUISA.

¡Tristes consecuencias!

DUR.

Si,

tristes son; pero precisas.
La prision es un recurso
de la ley.

- MART. Que perjudica
tal vez mas que favorece.
- LUISA. Y que yo nunca usaria.
- DUR. No es de esperar otra cosa.
Hé aqui por qué no se fían
á la mujer intereses
que fácilmente descuida.
- LUISA. Yo compadezco á Martin,
por ser quien ha dado cima
á una comision que pocos
creo yo le envidiarían.
- MART. Dice usted bien: yo tampoco
la encontraba muy lucida.
- DUR. Pues ha de saber usted,
que esa comision debia
serle grata, porque arguye
una confianza íntima
en sus buenas prendas.
- MART. Gracias;
pero yo le estimaria
que de mí, para estos lances,
no se acordara en la vida.
- DUR. (Que no me vuelva á acordar..)
- MART. (No le ha gustado la píldora.)
- LUISA. Si estorbo...
- DUR. Harás un favor
en dejarnos ahora, Luisa.

ESCENA III.

DURAN, MARTIN.

- MART. (Ya está encima la tormenta.)
- DUR. Deseo saber, desde cuándo
abriga el señor Martin
un interés tan marcado
en favor de las personas
que conspiran en mi daño.
(¿No lo dije? Pecho al agua.)
No comprendo...
- DUR. Pues es claro.
Si el arreglo de sus cuentas,

para quien dirige un banco
debe ser el principal
objeto de sus cuidados;
si con la puntualidad
conque hace todos sus pagos,
ha de realizar los créditos;
y para llevar á cabo
esa justa proporcion,
confiero á usted un encargo
que, aunque desempeña bien,
acepta con desagrado;
¿no me es lícito creer
que usted conspira en mi daño,
pues que se pone de parte
de los deudores?

MART.

¿Y acaso
son funciones de un cajero
las que usted me ha confiado?
Ni soy yo el juez de comercio,
ni el ujier, ni el comisario
para aprisionar á nadie.
Pero dejando esto á un lado,
voy á permitirme hacer
una reflexion.

DUR.

Al grano.

MART.

Que el conde de Monleon
no verificó aun el pago
de sus letras, y que ha sido
por escasez de metálico,
cosa es que no tiene duda.

DUR.

Concedo.

MART.

Pues si el retardo

de su voluntad no nace,
¿á qué objeto violentarlo,
reduciéndole á prision?

DUR.

Motivos tengo y sobrados
para obrar así: el primero
es que quiero ser pagado.

MART.

Basta con ese.

DUR.

El segundo

consiste en que soy muy blando
con los que me deben.

MART.

¡Calle!

Nunca hubiera adivinado
entre todos los motivos
ese.

DUR.

Pues no hay que dudarlo.
Soy débil en mis asuntos.

MART.

¿Débil usted?

DUR.

Demasiado.

Todo el mundo lo asegura,
y yo no puedo negarlo.
Yo sé lo que hablan de mí:
dicen que soy muy exacto
en mis negocios; que tengo
probidad; que he demostrado
muy grandes conocimientos
en hacienda; que lejano
no está el día en que sea ministro;
y es justicia, porque al cabo
mis empresas han tenido
siempre el mejor resultado.
Y todo ello es obra mía:
hijo de un pobre artesano,
debo solo mi fortuna
al ingenio y al trabajo.
Solamente que, lo he dicho,
soy ya con exceso blando,
y conviene demostrar
carácter en ciertos casos.
Hé aquí mi tercer motivo.
¿Cuál es?

MART.

DUR.

Que en este reinado
de nuestro buen Luis Felipe,
donde ha progresado tanto
cualquier género de industria,
cual nunca se ha desatado
en la alta clase el afán
de especulación y de ágio.
Antiguamente los nobles
no tomaban á su cargo
las empresas industriales.
Hoy es todo lo contrario.
No hay una que ellos no exploten,

sea con buen éxito ó malo.
Se habla de un ferrocarril,
el principal empresario
es algun duque ó marqués;
se vá á organizar un banco,
un conde está á la cabeza;
se abren pozos artesianos,
quien dirige esto es un título.
En fin, aunque temerario,
no hay proyecto que no emprendan
personajes de alto rango.
Y desde las minas de oro
hasta las minas de estaño,
y las empresas de gas
y las de piso de asfalto,
y las de carbon de piedra
y otros muchísimos ramos,
casi todas reconocen
á un noble por propietario.
Para esto ya no hay paciencia
que baste. Muy bueno y santo
que obtengan ricos empleos,
que ostenten lujo y boato,
que enseñen sus pergaminos;
mas déjennos el cuidado
de manejar el dinero
como nosotros queramos.
Meterse en estos negocios
es ya exigir demasiado,
invadir nuestro terreno
y á la guerra provocarnos.
Vea usted por qué yo me alegro
de tener ahora encerrado
ahí entre cuatro paredes
al conde.

MART.

DUR.

Mas...

¿Qué adelanto
con eso, me dirá usted?
¿no es verdad?

MART.

DUR.

Por de contado.
Pues si realizar mis créditos
de esta manera no alcanzo,

tendré á lo menos el gusto
de que pase buenos ratos
ese sujeto en formar
otra vez mejores cálculos.

ESCENA IV.

DURAN, MARTIN, BAUTISTA.

DUR. ¿Qué hay, Bautista?

BAUT. Para usted
esta tarjeta me han dado.

DUR. ¿A ver de quién es? ¡Ah! sí,
del caballero Richardson.

BAUT. Creo que viene á despedirse.

DUR. Cierto; ¿pero se ha marchado?

BAUT. No tal, está en la antesala.

Yo le he dicho que mi amo
con un alto personaje
estaba muy ocupado.

DUR. ¿Eso le has dicho?

BAUT. Yo siempre
cumpló fiel con los encargos
que se me hacen: á las gentes
que porfían demasiado
les indico que está usted
departiendo mano á mano
con el ministro de Hacienda
ó con algun diplomático
insigne.

DUR. Bien.

BAUT. Por ejemplo,
el embajador británico.

DUR. Muy bien, estoy satisfecho
de tu celo; pero en tanto
haz que entre ese caballero
de la tarjeta.

BAUT. Volando. (Váse.)

MART. ¡Qué impertinente es el mozo!

DUR. ¡Qué listo es ese muchacho!

ESCENA V.

DURAN, MARTIN, RICHARDSON.

- RIC. Saludo á ustedes, señores.
 DUR. Adelante, caballero:
 deje usted ese sombrero:
 un sillón... (*Se lo acerca.*)
 RIC. Con mil amores,
 porque llevo una de andar...
 pero me ha dicho el criado
 que estaba usted ocupado:
 sentiria incomodar.
 DUR. ¡Oh! de ninguna manera.
 Usted, en esta su casa,
 puede disponer sin tasa.
 RIC. Sin embargo, no quisiera
 molestar.
 DUR. ¡Qué disparate!
 MART. ¡Vaya una amabilidad
 rara en él!)
 DUR. Y á la verdad
 que desearé que me trate
 como á un amigo sincero.
 RIC. Gracias.
 DUR. Aunque nada valgo,
 si usted me ocupara en algo
 poder complacerle espero.
 RIC. De prolijas atenciones,
 que agradezco mucho, he sido
 ya objeto.
 DUR. Habiendo traído
 tales recomendaciones,
 era un deber para mí
 servirle en todo y por todo.
 MART. ¡Qué atento!)
 RIC. De cualquier modo,
 lo estimo.
 DUR. ¿Y marcha usted?
 RIC. Si.
 Voy á pasar el gran charco.

- DUR. ¿Y adónde bueno?
- RIC. A la Habana: luego á Montreal. Mañana sin falta alguna me embarco.
- DUR. (Es la fórmula ordinaria con que anuncia su partida.)
- RIC. Mi marcha, ya diferida por demas, es necesaria. A despedirme he venido y á recoger la factura.
- DUR. Entonces se me figura que es asunto decidido. Cuando usted cuentas ajusta es que el caso vá de veras.
- RIC. ¿Qué quiere usted? son frioleras que dejar corrientes gusta.
- MART. ¡Bah! Pues si frioleras son sumas de tal entidad, ignoro yo en realidad cuáles llamen la atencion.
- RIC. Para mí tienen escasa significacion.
- DUR. En fin, esta noche irá Martín á cangear en su casa los valores y el ajuste.
- MART. Voy á hacerle: cuando esté visado le llevaré.
- RIC. No hay prisa: cuando usted guste.

ESCENA VI.

RICHARDSON, DURAN.

- DUR. Ya que es el último dia que tenemos el placer de saludarle, á comer le espero en mi compañía. Ello no será un banquete lo que le ofrezca.
- RIC. Mejor.
- DUR. ¿Acepta usted?

RIC.

Si señor.

¿Hora?

DUR.

Esta tarde á las siete.

Podrá retardarse el acto
sin embargo.

RIC.

¿Para qué?

A esa hora no faltaré.

DUR.

Ya sé que es usted exacto,
salvo en una cosa.

RIC.

¿En cuál

no lo soy?

DUR.

En advertir

el instante de partir.

RIC.

¿Y eso es reproche?

DUR.

No tal.

Si ha dilatado el momento
en que ausentarse debió,
es una cosa que yo
por ningún título siento.

Lejos de ello, mi deseo

que ver logrado quisiera,
es que usted se detuviera

mas tiempo aquí; pero veo
que legítimo interés

su atencion reclamará

de otro lado, cuando ya

ajusta sus cuentas.

RIC.

Pues.

DUR.

¿Conque asegurar bien puedo
que deja usted el país?

RIC.

Cierto: me voy de Paris,
es decir, si no me quedo.

DUR.

¿Cómo?

RIC.

Me voy á explicar

mejor. Usted es sujeto

apreciable, y mi secreto

bien le puedo confiar.

Para ello no será en vano

le manifieste, por qué

dos meses ha, abandoné

el país americano.

Despues que ocurrió la muerte

de mi padre, en Montreal,
de donde soy natural,
pretendí fijar mi suerte
casándome. Una bobada
será, y del caliz amargo
probaré un dia: sin embargo,
por la novedad me agrada.
Felicidad muy cumplida
del matrimonio no espero;
mas la vida de soltero
no es para toda la vida.
En suma, perseverante
en esta resolucion,
dirigí mi pretension

á la hija de un comerciante.
Y aunque acorde á mi deseo,
oí que ella, sin gran placer,
se aventuraba á encender
la antorcha del himeneo.
Mas yo, que en mi vida toda
supe lo que es esperar,
me vine á Francia, á comprar
un buen regalo de boda.
Ya habia yo en otra ocasion
estado en Paris, que aqui
es donde yo recibí
mi primera educacion.

DUR. Pues es viaje; ¿y de ese modo
va usted á hacer su conquista?

RIC. Es difícil que resista
á mi insinuacion.

DUR. Con todo...

RIC. No hay mujer que con rigor
trate á un hombre, bueno ó malo,
si este le ofrece un regalo
de boda de tal valor.

Un presente que ha costado
setenta y cinco mil duros,
ofrece medios seguros
para captarse el agrado
de cualquiera.

DUR. En el pais

de usted, así sucederá.

Ric. Lo mismo sucede allá
que sucede aquí en París.
Sí á fé. Yo he corrido el mundo,
los dos mundos; he viajado,
observando con cuidado,
con un estudio profundo
cada cosa; y de este modo
me he convencido que es
todo cuestion de interés,
cuestion de números todo.
El dinero es soberano:
la estimacion y la fama
se obtienen con lo que llama
el vulgo unto mejicano.
Esto da virtud, decoro;
lo demas es patarata.
Todo se rinde...

Dur. ¿A la plata?

Ric. Y si no á la plata, al oro.

Dur. Con mucha severidad
forma usted su juicio, amigo.

Ric. Ciertó; pero en lo que digo
no hay mas que pura verdad.
Y ya se deja entender

que si exacta es mi opinion,
tiene igual aplicacion

al hombre que á la mujer.

Pero ella, mas delicada,
con mayor interés cuida
de lo que hace que la vida
sea cómoda y regalada.

Dur. Pues esa delicadeza
que usted mira con rigor,
la tiene como un favor
que le hizo naturaleza.

Ric. Esté ó no en la condicion
particular de su ser,
lo cierto es que á la mujer
halaga la ostentacion.
Y el capricho de las modas,
el lujo, la vanidad,

á cualquier debilidad,
aun á la mayor de todas
la conducen. ¿Qué extraño es
que con tales condiciones
en muchas de sus acciones
obre solo el interés?

Por eso yo considero,
y no hay duda, así sucede,
que todo alcanzarse puede
con ayuda del dinero.

Mas vuelvo á mi narracion,
por acaso interrumpida.
Quedamos en mi venida
á Paris, y en la intencion
que traje. Cuando comprado
tuve objetos, en los cuales
millon y medio de reales
próximamente he gastado,
pensé, como es natural,
conseguido ya mi intento,
que era llegado el momento
de volver á Montreal.

Usted, en mi despedida,
luciendo su esplendidez,
pretendió, como esta vez,
solemnizar mi partida.

Cuando, aqui es justo que exija
su atencion, cuando el placer
me proporcionó de ver
á la señorita su hija.

De simpática figura,
y entendida al par que bella,
no sé qué mas valga en ella,
si el talento ó la hermosura.

Yo me doy el parabien
por haberla conocido;
y tanto, que he desistido
del otro plan. Ahora bien;
estoy próximo á cumplir
treinta años, y bien, casado
ó soltero, mi pasado
responde del porvenir,

Tengo cuarenta millones,
suficiente para hacer
que sea feliz mi mujer.

Dadas estas condiciones,
y anteponiendo que es cosa
que como una gran merced
recibiría, ¿quiere usted
darme á su hija por esposa?

DUR. ¡Hombre, qué proposición!
(Salió cuanto yo decia.)

RIC. Acaso demostraría
menos precipitación,
sí, definitivamente,
resuelto ya no estuviera
á marcharme: de manera
que solo si usted consiente...

DUR. Bueno, respuesta daré
tan breve como concisa:
sí en elle consiente Luisa,
yo también consentiré.

RIC. Entonces, con la esperanza
cuento de llamarla esposa.

DUR. Sin embargo...

RIC. Hay una cosa
que todo, amigo, lo alcanza.
La posición, la upulencia.
Mírese como se mire,
no hay persona que no aspire
á una grata independencía.

Yo sería un majadero,
título que no ambiciono,
sí en alardes de mal tono
dijera tengo dinero;
y exijo que á mi riqueza
alto respeto se guarde.

No, tan ridículo alarde
sería casi una bajeza.

Hablar de lo que poseo,
es para dar á entender
que puedo satisfacer
hasta el mas raro deseo.

Que de todo goce humano,

salvando siempre el decoro,
es medio seguro el oro;
y ese le tengo en mi mano.
Que si mi felicidad
algo hubiera de impedir,
yo sabria combatir
cualquiera dificultad.

Y en fin, que en nada reparo,
si á mi bienestar conduce.

DUR. Usted á lo menos luce
el mérito de ser claro.

Mas tengo yo para mí,
que esa lógica insinuante
habrá de ceder delante
de cierta persona.

Ric. ¡Oh! Si.

Hablar en este sentido
á otro que á usted fuera error,
y hacerme poco poco favor.
Supongamos que no ha habido
semejante explicacion.

Ahora saber me precisa
si la señorita Luisa
tiene libre el corazon.

DUR. Pienso que amoroso afecto
no conoció todavia.

Ric. Mal éxito alcanzaria
de otro modo mi proyecto.
Pero en esa inteligencia
á la esperanza me entrego.

DUR. Presume usted...

Ric. Desde luego;
que obtendré correspondencia.

DUR. Eso es fiar...

Ric. En mi estrella.
Y ya que en mi amor consiente,
¿tendrá usted inconveniente
en que hable á Luisita bella?

DUR. No pongo dificultad.
Le advertiré su deseo;
y sobre este punto creo
que haya igual conformidad.

Hacia aquí viene.

ESCENA VII.

RICHARDSON, DURAN, LUISA.

- LUISA. Papá...
- RIC. Señorita...
- LUISA. ¡Ay! El señor Richardson.
- RIC. Tengo el honor...
- DUR. Mañana es cuando se va;
pero hoy nuestro buen amigo
come con nosotros.
- RIC. Y antes...
- DUR. (Entiendo.) Algunos instantes
desearia hablar contigo.
- RIC. Es un favor, señorita,
al que doy gran precio.
- LUISA. Sea,
puesto que usted lo desea.
(Esto es pedirme una cita.)
- DUR. La hora yo la fijaré.
- RIC. Bien. (El asunto promete.)
- DUR. La comida es á las siete,
á las seis...
- RIC. No faltaré. (*Saluda y váse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, DURAN.

- DUR. Cuarenta millones, Luisa.
LUISA. Soberbio número, padre.
DUR. Y sin embargo, no es á convencerte bastante.
LUISA. ¿Qué quiere usted?
DUR. Mas Richardson con tan buenas cualidades...
LUISA. Le falta, segun he dicho, una, la mas importante; y en vano son las demas, cuando no acierta á agradarme.
DUR. Me dirás que hay simpatías...
LUISA. Y antipatías.
DUR. No obstaute, en tres ó cuatro visitas tú no has podido juzgarle.
LUISA. Pues aunque el número de ellas á sus millones iguale, no seré yo quien vacile ni de pensamientos cambie.
DUR. Ya mudarás de opini on

cuando de cerca le trates;
y cederá, así lo creo,
tu indiferencia...

LUISA. Ni un ápice.

DUR. A pensar en las ventajas
que resultan de ese enlace.
Omito la relación
de sus prendas personales...

LUISA. A existir, ellas tan solo
pudieran interesarme.

DUR. Y dejo á un lado la idea
del provechoso realce
que á mi fortuna daría
la unión de ambos capitales.
Tu dicha no mas pretendo,
y de ella voy á ocuparme.
Segun mi plan, fuera el tuyo
un porvenir envidiable,
una existencia dorada.

LUISA. ¡Pues! Oro por todas partes;
mas no ha de ser por el oro
la persona á quien yo ame.
Y al cuadro de mi ventura,
si yo hubiera de formarle,
le daría otros colores
mas dulces é interesantes.
El amarillo es tan triste
que no consigue agradarme.

DUR. ¿Has pensado alguna vez
en ese cuadro?

LUISA. ¿Quién sabe?
Acaso en mi fantasía
exista...

DUR. ¿Cómo?

LUISA. La imagen.

DUR. Supongo que será...

LUISA. Un sueño,
pero un sueño realizable.

DUR. ¿Y en él por casualidad,
dime, un marido no cabe?

LUISA. ¿Por qué no?

DUR. Pintame entonces

e se ideal personaje.

LUISA. Por de pronto no le busco
del lado allá de los mares:
le tomo en París.

DUR. Corriente.
¿De la fortuna?

LUISA. ¿Qué le hace
eso? ¿Rica no soy yo?
Pues basta.

DUR. ¡Qué disparate!
Lo que abunda nunca daña,
y el mundo...

LUISA. Esos son refranes.

DUR. Vamos á otra circunstancia.

LUISA. Diga usted.

DUR. Será de sangre
azul.

LUISA. Siendo yo aristócrata,
mal podria dispensarle
el nacimiento.

DUR. Tampoco
sobre este punto me place
tu eleccion. ¿Y jóven?

LUISA. Si.

DUR. ¿Bien parecido?

LUISA. Bastante,
aunque no es fuerza que sea
de una belleza admirable.

DUR. Cierto que no.

LUISA. Yo le quiero
sencillo, pero elegante,
esmerado en su persona,
y mas que todo notable,
por su elevacion de ideas
y distinguidos modales.

DUR. Tendrá un estado, carrera...

LUISA. La tiene; y es muy probable
que, en atencion á su mérito
y exclarecido linaje,
haga notables progresos
en breve tiempo.

DUR. Adelante.

Te amaré...

LUISA. Tal me figuro.

DUR. ¿Es decir que no lo sabes?

LUISA. Nunca me ha hablado de amor;
pero sus ojos...

DUR. ¡Qué diantre!

Hallándome en tu lugar,
procuraría alentarle
á una explicacion.

LUISA. ¿Y á qué?

¿A qué fin apresurarse?

DUR. Es verdad que todo es sueño;
pero á suponer...

LUISA. Ni es fácil
que hallen siempre las personas
propicia ocasion de hablarse.
Nos vemos en sociedad,
y eso muy de tarde en tarde.
Sin embargo, amor á veces
deja á las miradas que hablen
con elocuencia indecible.
En cuanto á mí me complace
su delicada reserva,
y...

DUR. Lástima que le falte
á tu fantástico sueño
la circunstancia notable
de ser verosímil.

LUISA. ¡Oh!

Bien pudiera realizarse.

DUR. De cualquier modo, hija mía,
eso es muy vago, y yo antes
escogería á Richardson
por marido, que entregarme
á una esperanza... quimérica,
sin accion ni desenlace.

LUISA. ¿Y por qué no ha de tenerle?
Tal vez un momento baste
para ponerla en accion.
Yo le aguardo.

ESCENA II.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUT. Señor...

DUR. ¿Qué hay?

BAUT. Ahí fuera está una persona que desea á todo trance hablar con usted.

DUR. ¿Le has dicho?...

BAUT. Que era imposible.

DUR. ¿No trae tarjeta ó carta?

BAUT. Asegura que es una cosa importante.

DUR. Pues pierde el tiempo.

BAUT. Eso mismo le dije yo, y que desde hace dos horas estaba usted con un alto personaje ocupado sériamente. Pero ha insistido en hablarle, pretende que es un negocio del mayor interés.

LUISA. Padre, puede que efectivamente de asunto formal se trate. Recíbale usted.

DUR. Entonces dile que pase adelante.

ESCENA III.

LUISA, DURAN.

LUISA. Dejo á usted solo: despues volveré.

DUR. ¿Con algo nuevo que contar?

LUISA. Tal vez.

DUR. ¡Magnífico!

Ven, y el rato pasaremos
en formar cuentos de niños.

LUISA. Lo que yo en usted observo,
papá, son dos caracteres
enteramente diversos.

DUR. Que son...

LUISA. El uno el de padre,
el otro es el de banquero.
Conmigo tan complaciente,
tan cariñoso, tan bueno,
y con los demás...

DUR. Prosigue.

LUISA. Con los demás tan severo.
¿Por qué no hace usted propósito
de mejorar algo el genio?

DUR. Pero en fin, ¿qué es lo que quieres?

LUISA. Que aparezca usted deseo
menos hombre de negocios
y mas amable. (Váse.)

DUR.. Te ofrezco
dar gusto. Se marchó ya.
Veamos quién es el sujeto.

ESCENA IV.

DURAN, el VIZCONDE.

VIZC. Señor Durán...

DUR.. Adelante.

¿Puedo saber á quién tengo
el honor de saludar?

VIZC. Antes de todo le ruego
que me dispense el que ahora,
sin anunciarme primero
ni ser de usted conocido,
venga á hablarle.

DUR. Desde luego
está dispensado. Y bien,
¿qué se ofrece? ¿Algun dinero
que imponer? Precisamente
me han encargado el empréstito
de Baviera. Buen negocio:

yo le garantizo el éxito.

Los suscritores á él
hallarán, al propio tiempo
que ocasion de realizar
los beneficios inmensos
que son de esperar, el gusto
de que me nombren por ello
comendador de la insigne
y estimada orden del *mérito*
civil ó de la *corona*,
como dicen. Por supuesto,
negocio seguro. El rey
me distingue con benévolo
interés, y á mi cuidado.
esta comision ha puesto.

¿Usted vendrá por acciones?

VIZC..
Señor Duran, yo no tengo
capitales que emplear.
Por el contrario, el objeto
que aqui me trae...

DUR. No adivino
cuál pueda ser.

VIZC.. (Estoy cierto
de cumplir un deber santo,
y sin embargo, yo tiemblo.)
DUR. Pero en fin...

VIZC. No extrañe usted
que me valga de rodeos,
Yo soy un desconocido:
simple oficial subalterno
de Hacienda...

DUR. La Hacienda, jóven
ha llegado en estos tiempos
á ser una gran carrera,
que produce honra y provecho:
la mas lucida despues
de la banca y el comercio.

VIZC.. Esa esperanza me anima.

DUR. Pero al cabo no comprendo...

VIZC. Una palabra tan solo
explicará mis deseos.
Yo soy, yo soy el vizconde

de Monleon.

DUR.

¿Cómo es eso?

¿Usted el hijo del conde?

VIZC.

Si señor.

DUR.

Y bien, no acierto...

VIZC.

Desde esta mañana se halla
constituido en arresto
mi padre, y su libertad
conseguir de usted pretendo.

DUR.

Entregándome los fondos
que constituyen el débito,
no es difícil.

VIZC.

¡Imposible!

¿Dónde encontrar el dinero?

Ayer aun para todos
los de casa era un misterio
la situación de mi padre.

Yo, tranquilo y satisfecho,
anoche mismo asistía
á la embajada; ¡y cuán lejos
estaba de presumir
el lamentable suceso
que nos aguardaba! Usted
estaba allí.

DUR.

Con efecto,
la embajadora de Nápoles
nos tiene en muy gran aprecio.

VIZC.

Allí á dulces emociones
entregado, al movimiento,
á la animación del baile;
me presentaba risueño
el porvenir. ¿Cómo había
de asaltarme el pensamiento
de tan próxima desgracia?
A cuadro más lisonjero,
á mas bellas esperanzas
daba cabida en mi pecho.
¡Desgraciado! No sabía
que todo, todo era un sueño.
¡Y qué horrible de pertar!
Esta mañana me encuentro
que al ir á salir de casa

mí padre, ¡divinos cielos,!
¡qué vergüenza! es conducido
á una prision. Al momento
busco á su agente de cambio:
le interrogo: habla; y me entero
de que, vendidas sus rentas
han sido, desde algun tiempo
á esta parte, consumidas
en no sé yo qué proyectos
de explotacion industrial.
Con tales indicios vuelo
á casa del juez: allí
adquiero el convencimiento
de haber sido protestados
varios pagarés.

DUR.

Ya veo

que está usted bien enterado.

El tribunal de comercio

ha entendido en el asunto,

y con arreglo á derecho

habrá pronunciado el fallo

¡Quince mil duros!

VIZC.

DUR.

Yo siento

que haya tenido lugar

este suceso.

VIZC.

Ahora vengo

de buscar á mis amigos,

á los de mí padre. ¡Empeño

inútil! Los desgraciados

pocos amigos tenemos.

DUR.

Ellos han debido darle...

VIZC.

Consejos, señor, consejos.

DUR.

No valen entonces mucho

esos amigos.

VIZC.

Al verlos

presenciar indiferentes

mis lágrimas y mis ruegos,

á otra esperanza, á otra idea

me he entregado. El pensamiento

que guía mi peticion

será tal vez indiscreto.

Sin embargo, ello es preciso

que hable así. ¿No habria medio?..

Dur. Diga usted.

Vizc. De suspender...

Dur. ¿De suspender los efectos?..

Si lo hay. En presentándome caucion segura, un sujeto de responsabilidad

que tome á su cargo el débito...

Vizc. ¡Segura caucion! ¿Y quién, quién ha de darla en sabiendo que no tardará en saberse, tan inesperado arresto?

Para evitar el escándalo hago todos los esfuerzos imaginables. Há poco,

al salir de casa, dejo á mi madre desmayada,

á mis hermanas sufriendo las mas crueles angustias.

¡Ay! En su nombre le ruego que devuelva usted un padre á su familia.

Dur. Otro medio

que el dicho, señor vizconde, para este lance no encuentro.

Habla usted de su familia

con laudable interés; pero cada uno tiene la suya.

Yo tambien soy padre, y debo al interés de mi hija

sacrificar los deseos

que en favor de usted me animan.

Vizc. (¡Ah! Su hija.)

Dur. Por opulento

que me crean, ya que siempre

juzgan así á los banqueros;

quince mil duros ya es suma

de gran importancia. Y luego

si fuera yo solo, bien;

pero hay socios, compañeros

que soportar este déficit

no querrán.

VIZC. ¿Y yo pretendo
por ventura, que usted pierda
lo que es suyo? Nada de eso.
La libertad de mi padre
es todo cuánto yo anhelo.
¿Qué gana usted en tenerle
aprisionado? Su crédito
podrá reponerse hallándose
libre. Yo me lisonjeo
de que así será: el estado
de sus fondos tan adverso
no me parece que impida
en breve restablecerlo.

Por otra parte, en Bretaña
buenas haciendas tenemos.

DUR. ¿Libres de toda hipoteca?

VIZC. Un corto plazo...

DUR. No puedo
acceder, señor vizconde,
aunque de veras lo siento.

VIZC. ¿De modo que usted rehúsa?

DUR. Sensible me es en efecto;
pero...

VIZC. ¿Sensible! No hay duda
que en ese dolor... sincero,
podrá encontrar mi familia,
satisfacción y consuelo.

DUR. ¿En qué posición...

VIZC. ¿Y la mía?

¿Y la nuestra, caballero?
No merece?...

DUR. Usted me obliga
á recordar que no tengo
el honor de conocerle.

VIZC. (¡Oh dolor! ¡Oh afrenta, cielos!)
Y yo he dirigido á usted
mis súplicas! Me avergüenzo
solo de haberlo intentado.
Corazón ni sentimientos
de padre usted no los tiene.
Usted...

DUR. ¿Señor mío!

ESCENA V.

DICHOS, MARTIN.

MAR. ¿Qué es eso?

DUR. No es nada. El señor vizconde de Monleon...

MART. (¿Qué estoy viendo?

¡El hijo del conde aquí!)

DUR. No olvidará, así lo espero, que está en mi casa. Martin, venga, firmaré el correo.

MART. (¡Pobre joven!)

VIZC. ¡Ay! Usted

en su dureza de hierro,
ó mejor dicho de oro,
porque aseguran, y es cierto,
que el oro es menos flexible;
usted no sabe el efecto
que tan cruel negativa
va á producir; los tormentos
que agitan mi corazón.
Era preciso el respeto,
el cariño de un buen hijo,
y yo de serlo me precio,
para aventurar un paso
tan humillante. Y no veo
en usted mas que el verdugo
de mi padre.

DUR. ¡Caballero!

Eso es traspasar...

VIZC. Mi madre

morirá del sintiéndolo:
sin porvenir mis hermanas,
lastimado ya el concepto
de la familia, tendré
que renunciar á mi empleo,
y con él á la esperanza,
á los soñados proyectos
de felicidad. Pues bien,
señor Duran, si el objeto

que se propone, es que alguno
de nosotros esté preso,
quede en libertad mi padre,
y ocuparé yo su puesto.
Esta gracia...

DUR.

Es imposible
que no haile usted el dinero
en lo que resta de día,
ó fianzas á lo menos.
Hasta las seis de la tarde
el señor, que es mi cajero,
le aguardará. No hay ya mas
que decir.

VIZC.

Ni yo aqui tengo
mas que hacer.

ESCENA VI.

DURAN, MARTIN.

MART.

Enternecido
y aun atónito me quedo.
¡Qué ingenuidad, qué nobleza,
qué expresion de sentimientos!
Tambien yo estoy admirado;
mas disimulo, atendiendo
á que no es la compasion
lo que sirve en el comercio
para realizar ganancias.
A propósito: celebro
que no viniera ese jóven
ayer antes del arresto.

MART.

¿Por qué?

DUR.

Porque ayer aun
el conde no estaba preso;
y al ver al hijo me hubiera
compadecido su acento;
al paso que hoy no es posible
el deshacer ya lo hecho.
De esta manera aseguro
la cobranza de mis créditos;
y demostraré que yo

no soy tan blando de genio
como piensan: que no soy
un buen hombre.

MART. No por cierto.

Para apellidarle así
pocos hallarán pretexto.

DUR. Sin embargo, ello es que dicen
que soy débil.

MART. No comprendo
el motivo.

DUR. ¿Mi abogado
le merece á usted asenso?

MART. El doctor Dupré: ¿tal vez
ha estado aquí?

DUR. Si, momentos
antes de entrar el vizconde
se despidió.

MART. (¡Qué embustero!
¡con qué desenfado miente!)

DUR. En su dictámen, yo debo
mostrarme mas riguroso
que acostumbro.

MART. Buen consejo;
mas yo he visto, realmente
visto á Fortier...

DUR. Gran sujeto.
Probo, inteligente, activo...
¿Y qué dice Fortier?

MART. Hemos
hablado sobre el asunto.
Piensa que el conde está lejos
de hallarse tan arruinado
como nosotros creemos
ó se figuran algunos.

DUR. Tanto mejor.

MART. Que el deseo
de proporcionar en breve
un considerable aumento
á la dote de sus hijas,
le indujo á entrar en proyectos
cuyo fatal resultado
toca ya de cerca; pero

le supone con recursos
para pagar.

DUR. Según eso,
hice muy bien en prenderle.

MART. Al contrario: en su concepto
han debido con el conde
tenerse mas miramientos.

DUR. ¡Bah! Fortier es un judío.

MART. Yo su opinion manifiesto.
Tanto peor si un judío
se muestra menos severo
que usted.

DUR. Bien, señor Martin.

Al admirar los esfuerzos
conque toma la defensa
de mis deudores, confieso
que me obliga á sospechar
si les cobrará el derecho
de proteccion. ¿No es así?

MART. ¡Ah, señor! Treinta años llevo
de emplearme en su servicio:
pues bien, en todo ese tiempo,
que es la mitad de mi vida,
haberme portado creo
siempre con delicadeza,
con honradez y con celo.
¿Cómo habia de esperar
se diera á mi pensamiento
tan dura interpretacion?
Sensible me es en efecto
tener á mi edad que oír
reproches que no merezco.
Si en este fatal negocio
de su parecer difiero,
no es por afeccion al conde
ni al hijo: si los desiendo
es porque lo exige así
mi deber, es porque temo
que aparezca usted cruel
sin utilidad, pudiendo
á la vez que interesado,
ser generoso y atento.

EL COLLAR DE PERLAS.

Por otra parte, el vizconde
se ha expresado en unos términos
que dicen en su favor
cuanto el mas feliz ingenio
no alcanzaria á expresar.
¡Qué jóven ese tan bello!

EUR.

¿Ahora me hace usted su elogio?

MART.

¿Cómo pudiera no hacerlo?

Sin embargo, en su presencia
no me he permitido un jesto,
una palabra que indique
aprobacion; pero luego
justo es confesar que tiene
razon, que es un caballero,
y que estaria muy bien...

DUR.

Si sacara del encierro
al padre. En definitiva,
¿lo que usted quiere no es esto?
Pues bien, abra usted mis arcas
y vácielas en su obsequio:

á todos sus acreedores
vaya á parar mi dinero.

Disperse usted mi fortuna;
no haya cuidado por eso.

Asi á la mendicidad

reducidos quedaremos

mi hija y yo; pero ¿qué importa?

Usted habrá satisfecho

con rumbo y esplendidez
su filantrópico objeto.

No le hacia yo tan grande,
tan generoso, tan bueno.

En cambio yo soy avaro,
áspero, cruel, grosero;

y todo ¿por qué? Veamos.

Porque estafar no me dejo

quince mil duros; en tanto

que mi honorable cajero,

que entiende perfectamente
sus deberes...

MART.

Los entiendo,
si, señor; pero olvidarlos

DUR. pudiera á seguir mas tiempo...
No, viejo maligno, no:
yo soy quien le cede el puesto.
Tengo una cita en la Bolsa
y acudir á ella es primero.
Hasta las seis de la tarde
que ha de esperar le recuerdo
al vizconde. Una palabra
todavía. El caballero
Richardson vendrá despues.
Al volver, que halle dispuesto
el estado de sus cuentas:
déselo usted. Me contengo
para no olvidar que soy
hombre de negocios. (Váse.)

MART. Ciego
vá de cólera, y no obstante
se hace él mismo cumplimientos.

ESCENA VII.

LUISA, MARTIN.

LUISA. ¿Qué significa ese ruido?

MART. Señorita...

LUISA. ¿Qué ha pasado?

MART. Nada.

LUISA. Te encuentro agitado:
dime lo que ha sucedido.
Yo atravesaba el salon
cuando mi padre salia:
irritado parecia...

MART. Me ha dado un buen sofocon.

LUISA. ¿Te ha reprendido? Perdona
su genio, amigo Martin;
es violento; pero al fin
su buen corazon le abona.
En sabiendo hallar el modo
de hablarle, con cierta maña,
se le mima, se le engaña,
y se consigue de él todo.

MART. Cierta; no digo que no:
eso podrá suceder
teniendo el honor de ser
como usted su hija; mas yo,
y de la misma manera
el señor de Monleon,
que con igual proporcion
no nos hallamos...

LUISA. Espera.
Has citado un apellido
que me inspira un verdadero
interés. Al caballero
de que hablas, ¿ha conocido
mi padre?

MART. De conocerle
presumo que tendrá gana,
toda vez que esta mañana
me dió la orden de prenderle.

LUISA. ¿Y ha tenido ejecucion
la órden?

MART. Cumplida.

LUISA. El motivo

sin embargo, no concibo
de esa determinacion.
¿Cuál es?

MART. (Con mucho interés
á hablar del caso me incita.)
Yo diré á usted, señorita:
median varios pagarés
no satisfechos el día
del vencimiento; y merced
á este incidente, que usted
de seguro ignoraría...

LUISA. (Mal reprimo mi inquietud.)
Todo ello se me figura
que será alguna locura
propia de la juventud.
El padecer mil engaños
efectos de la edad son.

MART. ¡Si el personaje en cuestion
tiene ya sesenta años!
Pero ¡bah! no estoy en mi:

yo hago relacion al conde,
y usted habla del vizconde,
del hijo, ¿no es cierto?

Si.

LUISA.

MART.

LUISA.

MART.

LUISA.

MART.

LUISA.

MART.

LUISA.

MART.

¿Un joven bien parecido?

Ese.

¡Con qué dignidad
se ha conducido!

¿Verdad
que es sujeto distinguido?

Mucho; ¿pero usted tambien
le ha tratado, señorita?

En algun baile, en visita...

¿Y le ha parecido bien?

Si tal.

No puede negarse
que es guapa figura; y luego
qué noble ademan, qué fuego,
qué manera de expresarse.

LUISA.

MART.

¿Ha estado en casa?

Venia

á suplicar por su padre;
á pedir gracia: mi madre,
mi pobre madre, decia,
morirá del sentimiento:
quedarán sin porvenir
mis hermanas. Yo al oir
aquel expresivo acento
que demostraba su afan,
enternecido quedé.

LUISA.

MART.

Tú eres bueno, ya lo sé.

Si, pero el señor Duran,
con quien es locura grande
entrar en ciertas cuestiones,
ha dicho á todo que nones:

nada ha habido que le ablande.

El vizconde proyectó

á su padre libertar,

ocupando él su lugar.

LUISA.

MART.

LUISA.

¿Pero el mio rehusó?

Condescender no le plugo.

¡Qué rasgo ese de buen hijot

- MART. Y qué expresion cuando dijo este, en usted el verdugo de mi padre solo veo.
- LUISA. Esto es horrible, Martin.
- MART. Y añadió despues: al fin tendré que perder mi empleo.
- LUISA. Buena desgracia seria.
- MART. El asunto es delicado...
- LUISA. Veo que mi padre no ha estado muy generoso este dia. Usar de de medios tan duros, de providencia tan seria, ¡tal vez por una miseria!
- MART. ¡Miseria quince mil duros!
- LUISA. Esa cantidad yo pienso que es de importancia ninguna para el hombre de fortuna que tiene un crédito inmenso. Quince mil duros, ¿qué son, sino un puñado de plata, cuando por ello se trata de salvar de la prision á tan noble caballero?
- MART. Y que, sin gran embarazo, pudo concederle un plazo para aprontar el dinero. Eso el vizconde pedia, y eso aconsejaba yo; mas nada, dijo que no: fué inútil nuestra porfia.
- LUISA. Pues es necesario, urgente buscar esa cantidad, y poner en libertad al conde inmediatamente.
- MART. Y eso, ¿cómo se ha de hacer?
- LUISA. ¿Cómo? Tú tienes las llaves de la caja.
- MART. Mas...
- LUISA. Ya sabes el medio.
- MART. No puede ser. Señorita, eso seria,

si yo no comprendo mal,
faltar á mi principal
haciendo una villania.
Ademas, cualquier valor
entra y sale por registro,
y yo solo no administro
los fondos: el tenedor
de libros lleva tambien
cuenta y razon: de manera
que aun cuando yo consintiera,
eso es imposible.

LUISA.

Y bien,
dime: cueste lo que cueste,
¿no se encontrará un sujeto
fiel, generoso y discreto
que ese dinero nos preste?

MART.

Fiel, generoso y... ¿qué mas?
Muchas cualidades son.

LUISA.

¿Ni aun para una buena accion
darme tu auxilio querrás?

¿Tu compasion no se excita?

MART.

¿No hallas un medio seguro
para salir del apuro?

MART.

Oigame usted, señorita.

Su madre de usted me dió
el puesto y cargo que llevo,

lo que soy, á ella lo debo:

juzque por tanto si yo

querré á la hija. Conque asi,

no digo una accion honrosa,

haria yo... cualquier cosa

siempre que estuviese en mí.

Pero...

LUISA.

A mi madre has nombrado

con eficacia notoria;

porque su buena memoria

un recuerdo me ha inspirado.

¿Me ayudarás?

MART.

Lo prometo

si ello es posible.

LUISA.

¿Te sientes

con las fuerzas suficientes

para guardar un secreto?

MART.

Bien.

LUISA.

Suceda lo que quiera.

MART.

Si.

LUISA.

Entonces, vuelvo al momento.

Ha sido un buen pensamiento.

MART.

Pero sepamos...

LUISA.

Espera.

ESCENA VIII.

MARTIN.

¡Partió como una centella;

y con tal exaltación!

Pero los de Monleon,

¿qué tienen que ver con ella?

Nunca los ha conocido:

yo á lo menos, no sé dónde.

—¡Sin embargo, este Vizconde

que encuentra tan distinguido!

Mostrar tan gran interés;

y sin admitir consejo

pretender librar al viejo,

¿no es extraño? Si lo es.

—Y no obstante, mi deseo

por libertarle es igual.

—¿Fallará mi habitual

perspicacia? No lo creo.

Ella tiene en el magín

alguna idea, es preciso.

Estaremos sobre aviso;

y...

ESCENA IX.

MARTIN, LUISA.

LUISA.

¿Lo has pensado, Martin?

MART.

Lo que usted proyecta ignoro;

mas no importa: en todo caso

no hará usted que yo dé un paso

ofensivo á mi decoro
y lealtad.

LUISA. En eso estoy.

Lo que yo te diga harás;
y no lo sabrá jamás
mi padre. Júralo.

MART. Doy
mi palabra.

LUISA. Por valor
de mil onzas hay aquí.
Marcha; y sin nombrarme á mí,
deja libre á ese señor.
(*Habriendo el estuche.*)

MART. Veamos lo que hay. El collar
de perlas. A ver á ver;
¿no es este el collar que ayer
no quería usted llevar?

LUISA. Era el collar de mi madre:
ahora es mío, y yo le cedo.
Enajenarle bien puedo
sin consultar á mi padre.

MART. Nos metemos en un lío
si ve que falta esa alhaja.

LUISA. Él dispone de su caja:
yo dispongo de lo mío.

MART. Ya veremos...

LUISA. Yo no quiero
que nuestro nombre figure
en esto, ni se censure
por cuestiones de dinero.

MART. ¿Mas qué haremos del collar?

LUISA. Sacar de él algun partido;
y ya empeñado ó vendido;
con el importe pagar.
Quince mil duros, cualquiera
podrá dártelos por él.

—Fuera en verdad muy cruel
que por nosotros perdiera
su empleo el jóven Alberto.

MART. ¿Sabe usted cómo se llama?
(Vamos, no hay duda, le ama.)

LUISA. ¿Alberto dije? Pues cierto:

:

asi se nombra. Ya ves,
que es necesario...

MART.

Tal prisa
me hace, señorita Luisa,
suponer que hay interés
de parte de usted...

LUISA.

Supon
lo que fuere de tu agrado;
mas que no siga arrestado
el conde de Monleon. (Vase.)

ESCENA X.

MARTIN.

Justo es libertar al viejo;
y ya he formado mi plan.
no quiere el señor Duran
aprovechar mi consejo.
Quiere, mas bien, que del arte
me valga y la intriga. Sea:
veremos en la pelea
quién lleva la mejor parte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Igual decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARTIN.

Pues señor, inútilmente
la poblacion he corrido;
no puedo sacar partido
del collar. Y es cosa urgente
facilitar el dinero.
Fuí á ver al diamantista
de casa, al señor Bautista;
no está en Paris. El joyero
que me habian indicado,
dice cambio y vendo todo;
mas comprar de ningun modo.
Otro intento malogrado.
En suma, lo que yo he hecho
por cumplir con el encargo,
no es decible, y sin embargo,
todo ha sido sin provecho.
Pagar en seis meses pide
uno que desea comprarlo,
otro quiere examinarlo
entre tanto se decide.

Y lo que es para el empeño
buen tiempo se necesita,
ínterin uno acredita
que es el legítimo dueño,
ó no lo es. De manera,
que me he vuelto sin saber
lo que nos conviene hacer.
El caso no admite espera;
es de toda precision
hallar esa cantidad,
para dar la libertad
al conde de Monleon.
Mas no sé...

ESCENA II.

MARTIN, RICHARDSON, BAUTISTA.

RIC. ¿Conque no está?

BAUT. Salió, y le han acompañado
dos consejeros de Estado;
pero pronto volverá.

Me encargó que si venia
el señor, le hiciese entrar.

RIC. Bien, aquí podré esperar.
No faltará compañía.

ESCENA III.

MARTIN, RICHARDSON.

MART. Ya está lista la factura.

RIC. ¿Tan pronto?

MART. (¡Qué idea! Si yo
me atreviese... ¿Y por qué no?
Con él es cosa segura
el secreto; vá á partir...)

RIC. Observo una exactitud
grande en usted.

MART. No es virtud.

RIC. ¿Cómo?

MART. No es mas que cumplir

en cuanto á mi afán se alcanza
los deberes que el empleo
me señala.

RIC. Este deseo

ya es de por sí una alabanza.
(Haciendo como que busca en el escritorio.)

MART. Yo habia metido el ajuste,
ya corriente, en esta caja...

RIC. ¿Y eso que encierra?

MART. Una alhaja.

(Es probable que le guste.)

RIC. ¿La puede usted enseñar?

MART. Si señor, está de venta.

—Pero esa maldita cuenta...

—Es un hermoso collar.

RIC. ¿Que tiene usted á vender?

MART. Si, señor; pero... no encuentro.

Y debia hallarse dentro.

RIC. A ver el collar, á ver.

MART. Por fortuna aqui está ya.

RIC. ¿La joya?

MART. La cuenta. Activo

en este lado, pasivo
en este otro.

RIC. Bien está.

MART. El resultado...

RIC. Es igual:

déme usted.

MART. ¿Mas no confronta

las partidas?

RIC. Tanto monta
que esten bien ó que esten mal?

MART. No para mí.

RIC. Lo que quiero
es ver el collar.

MART. Tambien

alcanza usted unos cien
duros y pico. El dinero
luego se lo haré entregar.

RIC. Mándelo usted cuando quiera,
no pasa de una friolera;
pero el collar, el collar.

MART. Es que hay una exposicion
en verlo; y debo advertir...

RIC. ¿Cuál es?

MART. La de sucumbir
despues á la tentacion
de comprarlo.

RIC. Ese temor
es mas bien razon de mas.

MART. ¿Convendria á usted quizás
hacerse de él?

RIC. Si, señor.

En mereciendo la pena,
le compro.

MART. Es joya preciosa.

RIC. *(Abriendo el estuche.)*
Veamos. No hay duda, es hermosa.

MART. ¿Qué dice usted?

RIC. Que es muy buena
para un regalo de boda.

Yo he recorrido, estos dias

las tiendas, las joyerias,

los almacenes de moda.

Y no he podido encontrar,

por mas que el oro derrame,

prenda que tanto me llame

la atencion como el collar.

MART. Pues con mérito tan raro,

segun todo el que lo ve,

nadie lo compra.

RIC. ¿Por qué?

MART. ¿Por qué ha de ser? Porque es caro.

Y á tener ese capricho,

se necesita primero

aficion; luego dinero.

Le compro.

RIC. ¿Cómo?

MART. Está dicho.

Sepamos cuánto le debo.

MART. Veinte mil duros costó;

mas...

RIC. Voy á dárselos.

MART. No.

- RIC. Si por cierto; me lo llevo,
y su valor satisfago.
Traigo aqui precisamente
la cantidad suficiente
para realizar el pago.
Voy...
- MART. Usted no me comprende.
La persona que me envia
con esta alhaja, en el dia
quince mil duros pretende
solo por ella.
- RIC. El motivo...
- MART. Es que el tiempo ha rebajado
el importe ya indicado
de su valor primitivo.
- RIC. Pero yo ofrecí los veinte,
y mi palabra es sagrada.
Recíbalos usted.
- MART. Nada:
quince tomo solamente.
- RIC. ¿Y usted no sabe que en breve
espero salir de Francia?
- MART. No ignoro esa circunstancia.
- RIC. Entonces contarse debe
por muy señalada accion
la suya, y en consecuencia
guarde usted la diferencia
por via de comision.
- MART. No. La venta se ha ajustado
en trescientos mil reales,
quince mil duros cabaes,
ni uno mas de lo pactado.
- RIC. Es laudable proceder,
y...
- MART. Nada mas natural
segun mi juicio.
- RIC. No tal.
- MART. Complazca á usted el saber
que esa cantidad, buscada
por mí con tanto desvelo,
vá á llevar dulce consuelo
á una familia angustiada.

- RIC. Tanto mejor si se alcanza
con el trato que hemos hecho
satisfaccion y provecho.
- MART. Esa es tambien mi esperanza.
Buena idea me inspiró
al enseñarle el collar.
- RIC. Y la que lo ha de llevar,
—de eso le respondo yo,—
le dará gran importancia.
- MART. En América... (No hay duda,
su partida nos escuda.)
- RI. En América... (Ó en Francia.)
Ahora paguemos.
- MART. (De apuros
gracias que se sale al fin.)
- RIC. Tome usted, señor Martin:
aquí habrá quince mil duros.
En bonos contra el tesoro,
tres, seis, nueve, doce mil.
Contra el baron de Rotschild
el resto en letra, que es oro
contado y sin dilacion
efectivo.
- MART. Así lo espero.
(Ya tenemos el dinero:
ya cumplí mi comision.)

ESCENA IV.

DICHOS, BAUTISTA.

- BAUT. El señor Duran á usted (*A Martin.*)
en el gabinete espera.
- MART. Dile que voy al momento.
Usted (*A Richardson.*) me dará licencia...
(*Váse.*)
- RIC. ¡Oh!...
- BAUT. La señorita sale. (*Váse.*)
- RIC. Bien.—¡Cuidado si está bella!

ESCENA V.

RICHARDSON, LUISA.

- LUISA. A esta visita parece
que ha dado usted verdadera
importancia.
- RIC. Señorita,
no puedo ocultar que en ella
he puesto un vivo interés.
- LUISA. Toda vez que lo desea,
la víspera de su marcha,
si no impolítico, fuera
inútil negar á usted
una cosa tan pequeña.
- RIC. Es que aun no está mi marcha
completamente resuelta.
Hay circunstancias que acaso
me obliguen á suspenderla.
- LUISA. ¿Circunstancias... imprevistas?
- RIC. Me extraña que usted no sepa
cuáles son mis intenciones.
- LUISA. ¿Y yo cómo he de saberlas?
- RIC. Entonces su señor padre
nada le habrá dicho acerca
de pensamientos que tienden
á fijar mi residencia
en París. ¿No le ha indicado
que establecerme pretendo?
¿Y para ello?...
- LUISA. Algo me ha dicho;
pero como es cosa seria;
he juzgado aventurada
la noticia.
- RIC. Pues es cierta.
- LUISA. ¡Súbita resolución!
- RIC. No extrañe usted que lo sea.
Generalmente así van
nuestros proyectos: á ciegas
nos inclinamos á andar
del mundo en la estrecha senda.

Cualquier lance inesperado
hace variar las empresas
mas firmes. Dos bellos ojos
basta...

LUISA.

¿Dos ojos apenas
conocidos bastarian
á ejercer tal influencia
en usted y en ocho dias?

RIC.

Para estimar la belleza
menos tiempo es necesario.
Dos bellos ojos penetran
hasta el corazon, y en él
lanzan de amor la saeta.
La persona que yo amo...
¿Que usted ama?

LUISA.

RIC.

Hablo de veras.
Si el vuelo á mis esperanzas
tender complaciente deja;
si adivina todo el fuego
que en mi corazon se encierra;
si favorece mi afan
con grata correspondencia,
yo le ofrezco un porvenir
de felicidad completa.
¡Oh, mi pensamiento es grande!
Y en tal ocasion, al verla
cerca de mí irresoluta,
pensativa, yo quisiera
desplegar ante sus ojos
la perspectiva risueña
conque yo engalanaria
el cuadro de su existencia.
Una vida de placeres,
fácil, cómoda, serena,
sobre todo independiente...
LUISA. Permitame usted que en esa
palabra yo le interrumpa.
Habla usted de independencia.
Cada uno forma la suya
á merced de sus ideas.
La independencia, á mi ver,
mucho mas que en la riqueza,

Ric. en el carácter estriba.
Cierto; pero la opulencia solamente dá los medios de disfrutar.

Luisa. De manera que esos cuarenta millones que usted con tanta largueza brinda, la muestra, el empeño serán de una dicha cierta?

Ric. Son la mejor garantía.

Luisa. Usted usa una franqueza que desarma.

Ric. Yo concibo perfectamente que es fuerza amarse, que han de mediar de afecto seguras pruebas, y yo por desgracia me hallo respecto á eso, hasta la fecha, sin saber á qué atenerme. Mas dado que se comprendan dos seres, que reine entre ellos amorosa inteligencia: la vida tiene su encanto; y sería una simpleza, refugiarse á una cabaña, para practicar en ella ese dicho popular que corre como sentencia: «Contigo pan y cebolla.» ¿En dónde hay cosa mas necia? Se podrá excusar el lujo, el brillo y magnificencia; podrá vivirse al abrigo de una fortuna modesta; pero el punto principal, créame usted, es que se tengan los medios para gozar de todo cuanto se quiera. La que yo amo no ha de estar en posición subalterna. Por el contrario, la suya ha de ser brillante, espléndida...

LUISA. Yo le dejo á usted decir.

Ric. Está claro: siempre alegre lo que el ánimo seduce.

Mi mujer, ya sea en su tierra,
ya sea en cualquiera otra parte;
ha de mandar como reina.

Ha de ver á su capricho,
á un jesto, á la menor seña,
veinte esclavos á sus piés.

LUISA. Esclavos habrá en América;
pero aquí no se conocen.

Ric. Igual, aunque con diversa
denominacion. Criados

se les llama: en hora buena.

Criados fieles, obedientes,
no á causa de su piel negra

ó blanca, que es lo de menos;
no porque comprados sean;

sino porque se les pagan
sus servicios con largueza.

Esta es de la esclavitud
la teoria verdadera.

Yo reservo á mi mujer

cuanto el pensamiento crea
de maravilloso: bailes,

conciertos, viajes, fiestas.
Ha de adornar su persona

y realzar su belleza
con los objetos mejores

de lujo: el oro, la seda,
los diamantes... Ahora mismo

he comprado par a ella,
como parte del regalo

de boda, que ya me cuesta
sobre noventa mil duros,

una joya, linda pieza.
¿Quiere usted que se la enseñe?

LUISA. Enseñármela...

Ric. Con verla.

(Abre el estuche y se lo presenta.)
nada se pierde.

LUISA. ¡Gran Dios!

¿Qué miro? ¿El collar de perlas!

¿Este collar, desde cuando
pertenece á usted?

Ric. De apenas
un cuarto de hora.

LUISA. ¿Comprado?

Ric. Si, por una bagatela.
Quince mil duros.

LUISA. (Martin
ha cumplido su promesa.
Salvó al conde.)

Ric. Señorita,
¿verdad que es obra maestra?

LUISA. No hay que dudarlo.

Ric. Me alegro.

LUISA. Doy á usted la enhorabuena
por tan linda adquisicion.

Ric. Yo no vacilé...

LUISA. Eso prueba
que es usted hombre de gusto,
que entiende de joyas.

Ric. (Héla
ya rendida, almibarada.
Todas, no hay que darle vueltas,
mas pronto ó mas tarde, acaban
por sucumbir.) ¿Esa prenda
ha dicho usted que le agrada?

LUISA. Me ha parecido que es buena.

Ric. Pues mi deseo, y tambien
la esperanza que me alienta
es, ¿por qué no he de decirlo?
Que usted se quede con ella.

LUISA. (¡Qué osadía!)

Ric. Hablemos claro.

Ric. Yo pretendo que usted sea
mi mujer.

LUISA. Señor Richardson,
voy á hablar; y mi franqueza
disculpa hallará en la suya.

Ric. ¿Cómo?

LUISA. No entra en mis ideas
el ser su esposa.

- Ric. ¿Qué escucho?
- LUISA. Créame usted, esos cuarenta millones le hacen gran daño.
- Ric. Pues esta es la vez primera que en mi oído cumplimientos de tal especie resuenan.
- LUISA. Yo siento...

ESCENA VI.

DICHOS, BAPTISTA *anunciando al Vizconde.*

- BAUT. El señor vizconde de Monleon.
- Ric. ¡Monleon!...
- LUISA. (¡Aquí Alberto!)
- VIZC. Señorita:
- yo no esperaba el honor.
- LUISA. ¿Quiere usted ver á mi padre?
- ¿No es esto? Sin dilacion (*A Bautista.*) avísale que está aquí el señor vizconde.
- BAUT. Voy.

ESCENA VII.

LUISA, RICHARDSON, *el Vizconde.*

- Ric. (Yo recuerdo este apellido.)
- VIZC. Si no me engaño, el señor debe ser, no tiene duda, mi amigo Richardson.
- LUISA. ¡Oh!
- ¿Conque ustedes se conocen?
- Ric. ¡Yo lo créo! Si los dos hemos sido en el colegio íntimos amigos. Yo vacilaba...
- VIZC. Con diez años que van de separacion, no es extraño.
- Ric. Por si acaso

padecia algun error.
Pero no, y estoy seguro;
ya recuerdo hasta su voz,
la misma figura...

Vizc. ¡Encuentro

feliz!

LUISA. En tal ocasion

dejar á ustedes á solas

pienso que estará mejor.

Sírvame esto de disculpa.

Vizconde, la recepcion

que le haga mi padre, espero

no habrá de pesarle. Adios,

señor Richardson. ¿Aun

nos veremos?

Ric. ¿Por qué no?

ESCENA VIII.

RICHARDSON, el VIZCONDE.

Vizc. (¿Qué habrá querido decirme?)

Ric. El bueno de Monleon,

que yo quise tanto. Y bien,

¿eres feliz?

Vizc. ¿Si lo soy?

Ayer tal me parecia.

Ric. ¿Y has cambiado de opinion

de ayer acá? ¿La fortuna

te ha tratado con rigor

en tan breve tiempo?

Vizc. Amigo,

el placer huye veloz,

y bien pronto... Pero tú,

si esto no es indiscrecion,

cuéntame, ¿qué es de tu vida?

¿Qué es lo que haces aqui?

Ric. ¿Yo?

Vizc. Si.

De fijo no lo sé.

Ric. ¡Oiga!

Pienso que me voy.

- VIZC. ¿Qué te vas?
 RIC. Tambien yo tengo
 para estar de mal humor
 sobrada razon ahora.
- VIZC. ¿Cómo sobrada razon?
 RIC. Hoy, vizconde, me he llevado
 un chasco solemne.
- VIZC. ¿Hoy?
 RIC. Es verdad que cada dia
 se pierde alguna ilusion.
 Pero esta ha sido sensible.
 Encontrarse á lo mejor
 un hombre, con que el objeto,
 cuya dulce posesion
 anhelaba, se presenta
 indiferente á su amor,
 y mata sus esperanzas!
 Esto cuando se creyó
 que eran todas las mujeres
 dadas á la presuncion,
 al coquetismo, al deseo
 de brillar.
- VIZC. Notable error
 era ese.
- RIC. Haberle ofrecido
 mi mano, mi corazon,
 mi fortuna, y un regalo
 de boda de gran valor,
 como que me habia costado
 próximamente un millon
 y ochocientos mil reales.
- VIZC. Y ella...
 RIC. Todo lo rehusó.
 Si; de nada me ha servido
 cuanto tengo y cuanto soy.
 Yo le presenté esta joya,
 (Abriendo el estuche.)
 un collar de perlas...
- VIZC. ¡Oh!
 este collar...
- RIC. ¿Te sorprende?
 ¿Seremos tal vez los dos

rivales?
VIZC. ¿Mas quién es ella?
RIC. La hija del banquero. Estoy en que tú también le tienes.
VIZC. ¿Qué le tengo?
RIC. Inclination.
VIZC. ¿A qué negarlo? Pero ella nunca ha sabido mi amor.
RIC. ¿No ha podido adivinarlo? Porque las mujeres son linceas para eso.
VIZC. Silencio,
 que viene el padre.

ESCENA IX

RICHARDSON, el VIZCONDE, DURAN, MARTIN.

DUR. Señor Vizconde, muy bien venido. (A Richardson.) Soy con usted al momento.
VIZC. Yo espero que dé al olvido si en el acaloramiento de esta mañana, de mas alguna palabra usé.
DUR. Olvidado: yo quizás exigente me mostré. Y de este lance impensado disculpa á su señor padre daré.
MART. (¡Aun no se ha marchado el otro!)
VIZC. Tal vez le cuadre, y pienso que aceptar pueda la nueva proposicion que le traigo.
MART. (Esto se enreda si media una explicacion.) Sin duda el señor, ignora...
VIZC. Un amigo, alto empleado de hacienda, que he visto ahora, y que conoce el estado

- de la casa, se ha ofrecido
 á prestar la garantía
 que usted antes ha exigido.
- DUR. Es cierto: yo me avenía
 con esa formalidad,
 á estar la cuenta pendiente;
 pero no en la actualidad.
- VIZC. ¿La razón?...
- DUR. Es evidente!
- VIZC. No entiendo...
- DUR. Yo estoy pagado;
 yo he recibido el dinero.
 Conque así...
- VIZC. ¿Mas quién lo ha dado?
- DUR. Por medio de mi cajero,
 los trescientos mil reales
 en mi poder tengo ya.
- RIC. ¿Trescientos mil?
- DUR. Si, cabales.
- MART. Martin se lo explicará.
 De estar cobrados doy fé.
 Mas quien el crédito abona
 manifestar no podrá.
- VIZC. Además, que esa persona
 quiere guardar el secreto.
- VIZC. ¿Cómo admitir el favor,
 sin conocer al sujeto
 que ha de ser nuestro acreedor?
- MART. Al señor Vizconde ruego
 que no insista.
- VIZC. ¿Por qué no?
- MART. Porque á su empeño me niego.
 (¿Si iré adivinando yo?)
- RIC. El velo, señor Duran,
 es muy transparente: á usted,
 que ha conocido mi afán,
 debemos esa merced.
- DUR. No.
- VIZC. ¿De qué sirve el negar,
 cuando nos hace un servicio?
 Bien podemos aceptar
 de usted ese beneficio.

- Pero de otro, sea quien quiera,
y ocultándose, declaro
que de ninguna manera.
(Esto que suceda es raro.)
- Ric. Mi padre, seguramente
que jamás consentirá
en admitir ciegamente
el papel que se nos da.
Hay en esa ocultacion
de quien servirnos pretende
un fondo de precaucion
que nuestro decoro ofende.
- Dur. ¿Pero qué le hemos de hacer
si estoy pagado?
- Vizc. Yo ignoro...
- Dur. Hé aqui los fondos.
- Ric. A ver.
- Dur. En bonos contra el tesoro
doscientos cuarenta mil
reales. (Al Vizconde.)
Vea usted bien la cuenta.
Contra el Baron de Roschild
una letra de sesenta
mil, antes de ayer vencida.
- Ric. Pero estos son mis valores.
- Viz. y Dur. ¿Sus valores?
- Mart. (Por mi vida,
que esto va mal.)
- Ric. Si, señores.
(A Duran.) No ha mucho, de su cajero
he recibido una joya
en cambio de ese dinero.
Véala usted.
(¡Aqui fué tróya!)
- Mart. ¡El collar de mi hija!!
- Dur. (Al fin
se ha descubierto la intriga.)
- Vizc. (¡Era de su hija!)
- Dur. Martin,
¿qué ha hecho usted?
- Mart. (No sé que diga.)
- Dur. Sesenta años de honradez

á impedir no han alcanzado,
que destruya de una vez
su buen nombre! ¡Desdichado!
Ric. (Pues la niña, vió el collar
en mi mano, y nada dijo.)
Dur. Hable usted.
Mart. No puedo hablar.
Ric. (Estan de acuerdo. Esto es fijo.)
Dur. ¿Conque nada que exponer,
nada se le ocurre en pró
de ese extraño proceder?
¿Quién me explica entonces?...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, LUISA.

LUISA.

Yo.

Una palabra tan solo
á demostrar bastará,
que Martin obró sin dolo.
Usted ya recordará (*Ap. á Duran.*)
la conversacion, el sueño
de esta mañana.

DUR.

Si á fé.

LUISA.

Pues todo mi afan, mi empeño
era por... (*Señalando al Vizconde.*)

DUR.

Entiendo; y sé

(*Siguen hablando.*)

lo que hacer conviene.

RIC.

Alberto,

Luisa es jóven, rica y bella;
y te ama, ténlo por cierto.

VIZC.

Pero...

RIC.

Cásate con ella.

DUR.

(*A Martin.*) Veo, Martin, que estuve ciego
al pensar... y me excedí;
que disculpe usted le ruego
mi aturdimiento...

MART.

Por mí...

DUR.

Señor Vizconde, ¿yo debo
una gran reparacion,

- y casi á esperar me atrevo.
que el conde de Monleon,
comprenderá fácilmente
cuánto ha sido mi pesar,
por el fatal accidente
á que hoy he dado lugar.
En prueba de mi interés
vamos á buscarle al punto.
- Ric. Para convenir despues
en arreglar otro asunto.
- Dur. Volveremos á comer
todos en familia.
- Ric. Bueno,
yo daré mi parecer
aunque á la cuestion ajeno.
- LUISA. (¿Qué irá á decir?)
- Ric. El vizconde
ama á Luisita; y yo creo
que ella á su amor corresponde.
Una á entrambos himeneo.
- Dur. Si hay cariño...
- Vizc. Yo, señor,
no puedo negarlo.
- Dur. (A Luisa.) Y bien,
¿qué dices tú?
- LUISA. Que ese amor...
- Ric. No acogerá con desden.
- Dur. Pues si el señor conde aprueba
que se haga este casamiento,
no hay razon por que yo deba
negar mi consentimiento.
- MART. Inútil es, segun creo
ya, la venta del collar;
y podemos...
- Ric. Lo deseo
por ahora conservar.
- MART. Pero...
- Ric. A mi plan acomoda.
- MART. ¿Qué fin?..
- Ric. Era destinado
para un regalo de boda,
y el objeto no ha variado.

Alberto, voy á partir
de Francia inmediatamente.

¿Te negarás á admitir
este sencillo presente?

Vizc. ¿Cómo?

Ric. Segura expresion
de un cariño verdadero,
de tu enlace en ocasion
que lo rehuses no espero.

Vizc. ¡Siempre amigos!

Ric. Es verdad:
lo mismo antes que en el dia.

LUISA. ¿Quiere usted á esa amistad
añadir tambien la mia?

Ric. Con infinito placer.
Ella será mi consuelo;
porque ya no he de volver
á pisar nunca este suelo.

DUR. ¿Y usted, por qué no se casa?

Vizc. No seria mal proyecto.

Ric. ¿Quién sabe? El tiempo que pasa
enseña mucho.

DUR. En efecto.

Ric. Mal sugerido hasta aqui
por errados pareceres,
á conocer no aprendí
lo que valen las mujeres.

LUISA. ¿Y á su triunfo un solo instante
ha bastado?

Ric. Injusto he sido
con ellas. En adelante
la leccion que he recibido
otros errores me evita.
Pues, para bien conocerlas,
me acordaré, señorita...

LUISA. ¿De qué?

Ric. De el collar de perlas.

FIN DE LA COMEDIA.

*Habiendo examinado esta comedia, no ha-
llo inconveniente alguno en que su represen-
tacion se autorice.*

Madrid 13 de Febrero de 1858.

El Censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

13 307591 of 70283 3

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

EL MUSEO LITERARIO.

En un acto.

Al llegar á Madrid.
¡Alumbra á tu víctima!

Cada cual ama á su modo.
Cabrón y Pipelet, ó las desgracias
de un portero.

Disfraces, susos y enredos.
Dos pelucas y dos pares de anteojos.
De Cocinero á Ministro.
Diegui y pata de anafe.
¡Dos maridos! qué ventura.

El Chal de cachemira.
El rigor de las desdichas, ó D. Her-
mógenes.

El Héroe de Bailen, *Loa y Corona*
Poética.

El suplicio de Tántalo.

El 24 de Febrero.

El Cadete.

El amor por la ventana.

El destino.

El padre del hijo de mi mujer.

El perro ó yo.

En Aranjuez y en Madrid.

El Dómine y el Montero.

El mejor amigo, un duro.

El amigo del Ministro.

El Charlatanismo.

En el dote está el Busilis.

Es un loco.

El arte de hacerse amar.

Gato por liebre.
Gramática parda.

Isabel I.

La Herencia de un poeta.
La última noche de Camoens (*tra-
gedia*).

La y oz de las Provincias.
La carta perdida.
Los Quid pro Quos.
Lluvias del estío.

Me he comido á mi amigo.
Modelo de esposas.

No es la Reina!!!

Paulina.

Simpatía y antipatía.

Tres pies al gato.

Un viernes.

Una tempestad dentro de un vaso
de agua.

Una comedia en un acto.

En dos actos.

Dimas el tilitirero.

El pilluelo de Paris. *Segunda parte.*
El orgullo castigado.

La última conquista.

La codicia rompe el saco.

Una conversión en diez minutos.

En tres ó mas actos.

Achaques de la vejez.

Am ante, rival y paje.

A público agravio, pública ven-
ganza.

Adriana Lecouvreur.

Amarguras de la vida.

Antes y despues.

Cocinero y Capitan.
Cárlas VII entre sus vasallos.
Celos, despecho y amor.
Conde, Ministro y Lacayo.
Corona y Tumba, ó el reinado de
Sigerico.

Duda en el alma ó el Embozado de
Córdoba.

Dalila.

Don Lope de Vega Carpio.

Entre bobos anda el juego.

El Gran Duque.

El pacto de sangre.

El velo de encage.

El ángel de la casa.

El primo y el relicario.

El árbol torcido.

El Conde de Selmar.

El collar de perlas.

El arenal de Sevilla.

El Caballero de Harmental.

El Cardenal es el Rey.

El Castellano de Tamarit.

El Castillo del Diablo.

El conde de Monte-Cristo. *Primera
parte.*

El conde de Monte-Cristo. *Segunda
parte.*

El conde de Hernan.

El correo de Lion, ó el asalto de la
silla de Posta.

El escudo de Barcelona.

El hijo del diablo.

El juego de ajedrez.

El sacrificio de una madre.

El sereno de Glukstadt.

El subterráneo del castillo negro.

El genio contra el poder ó el Bachi-
ller de Salamanca.

El mejor alcalde el Rey.

El libro negro.

El Judío errante.

En el crimen vá el castigo, ó la Con-
desa de Portugal.

En 4830.

Eugenia.
Eulalia.
El egoísta.

Fea y pobre.
Francisco el inclusero.

Juana de Arco.
Juana de Nápoles.
Judith.
Juicios de Dios.
Julietta y Romeo.

Los fanfarrones del vicio.
La Baltasara.
La hiel en copa de oro.
Lorenzo me llamo ó carbonero de Toledo.
Los amores de la niña.
La campana vengadora.
La crisis.

La corte del Rey poeta.
Las tres manías, ó cada loco con su tema.
Las bodas de un criminal.
La honra en la deshonra.
La conquista de Toledo.
Los empeños de un acaso.
Las barricadas de Madrid.
La Duquesa de Iprest ó Genoveva de Brabant.
La Duquesa ó la soberbia.
Las cuatro barras de sangre. *Segunda parte de Vilfredo el Velloso.*
Las travesuras de Chalamel.
Los esposos del puente de Ntra. Señora.
Los libertinos de Ginebra.
Los percances de un viaje.
Los siete castillos del diablo (magia).

Misterios de palacio.
Mi suegro y mi mujer.
Maese Juan el espadero.

Matilde.

No hay amigo para amigo.
Navegar á la aventura.
Ntra. Sra. de Paris, ó la Esmeralda.
Nadie diga de esta agua no beberé.
Oráculos de Talia, ó los duendes de Palacio.

Quebrantos de amor.

También en amor se acierta, pero es mas fácil errar.

Una historia del día.
Un corazón de mujer.
Uno de tantos.
Un día de baños.
Vivir y morir amando.
Vilfredo el Velloso.

ZARZUELAS.

En un acto.

A Rusia por Valladolid.
Alumbra á este caballero. (*La música.*)

Cuarzo, pirita y alcohol.

Diez minutos de reinado.
El amor y el almuerzo.
El Grumete. (*La música.*)
El Trompeta del Archiduque.
El Sonámbulo.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Guerra á muerte. (*La música.*)
Gato por liebre.

La Cotorra.
Las bodas de Juanita.
La Dama del Rey. (*La música.*)
Los dos ciegos.
La Zarzuela.

La flor de la Serranía.
La espada del Rey.

Pablito (Segunda parte de Buenas noches, Sr. D. Simon).

En dos actos.

El Postillon de la Rioja.

La cola del Diablo.
La corte de Mónaco.

Marina. (*La música.*)

Un sombrero de paja.

En tres ó mas actos.

Amor y misterio.

Cárols Broschi.
Catalina.

El sueño de una noche de verano.
El Dominó azul. (*La música.*)
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
Entre dos aguas.

Galanteos en Venecia.

Los Madgyares.
La estrella de Madrid. (*La música.*)
La Cacería Real. (*La música.*)
La Pasión (drama sacro-lirico).
Los Comuneros.

Mis dos mujeres.
Moreto.

Un viaje al vapor. (*La música.*)

El propietario de esta Galeria vive en la calle de la Salud, núm. 14, cuarto principal